

la promesa de que alguien va a volverse, nos mirará, al tiempo que deja que nuestros ojos la acaricie.

Y todo eso vale la pena ser vivido, llegar hasta el salón recóndito, a la vecindad del sofá, a la majestuosa y omnipotente presencia del piano, y decirle a alguien que la espera fue tan larga que el encuentro es un premio, y que el día comienza porque nos vemos. Las avanzadas del amanecer, allá en las ventanas, son los anuncios evidentes de que todo va a ocurrir así.

### *Despedidas*

Pero también hay otra interpretación evidente para estos cuadros. Los objetos, la arquitectura suntuosa o precaria, los muebles que reflejan un bienestar o cuentan su ausencia, son despedidas, nos están diciendo adiós antes de que los borre el tiempo, anticipándose a su conversión en fantasmas.

Solitarios los objetos como nosotros lo somos, nos despiden, nos dicen que mirar es una forma de irse, de desaparecer, de dejarse ahogar en el torrente de las horas, en el enjambre de los minutos, en la casi inexistencia de los segundos.

Vamos a irnos y no regresaremos nunca. Y el día que se anuncia en la ventana es una oportunidad absolutamente única que va a discurrir totalmente estéril por encima de las cosas, en el vacío que marcan los muebles, en el techo ornado de escayolas, en donde agoniza un vieja lámpara.

Y el cuadro es un repertorio de palabras silenciosas, no dichas, una carta que se quedó sin escribir, una respuesta que no dimos, una dirección que no nos atrevimos a pedir, un gesto que no llegamos a insinuar o una soberbia a la que no renunciamos. Todo ello convierte en espacio pintado una inacabable referencia de sensaciones, de ansiedades y disimuladas tristezas.

La pintura delimita una peculiar escenografía, pero el ser humano no está y no va a estar nunca; en un momento determinado, cortés o furibundo, apasionado o indiferente, alguien se ha ido. Y desde entonces todo ha sido distinto y va a seguir siéndolo porque nadie volverá, no regresa nadie, de la misma forma que el mueble roto puede repararse, pero ya no es el mismo.

El tiempo nos desaloja, el cuadro, que es una evidencia, nos despide. Con mucha más claridad que cualquier otra creación pictórica, estos grandes interiores vacíos nos despiden, casi nos reclaman que evitemos la indiscreción de la mirada, la intromisión de nuestra curiosidad ante su soledad absoluta.

*Y paisajes...*

De pronto se ha instrumentado una sorpresa; el cuadro que era siempre un recuento de interiores ha salido fuera, más allá de la mirada y su curiosidad, de las paredes y su enclaustramiento. Este paisaje parece como el encuentro fortuito de un lugar misterioso en donde no se hubiera fijado nadie, pero en el discurrir del tiempo hubieran ocurrido muchas cosas.

Es un paisaje escueto, misterioso, la hierba ha cubierto las huellas de los seres humanos, ha crecido robusta en una evidencia de primaveras y sólo el verdor es paisaje, y todo él constituye una aventura de renovación, como si la naturaleza hubiera escrito con él un libro hermético y misterioso.

Es un paisaje intemporal y difícilmente localizable, quizá sea un claro del bosque para convocar una aventura de brujas para una fiesta galana de caricias jóvenes, de cuerpos mozos. No podemos pensar que la guadaña va a entrar sobre él, a igualarlo y segararlo, a deshacerlo sistemáticamente.

Nos es difícil creer que va a morir lo que es verde, que el otoño lo va a volver de un oro fúnebre y apagadamente suntuoso. Por eso nos aferramos a la idea de que la pradera es mágica y el cuadro su sortilegio y que la artista al fijar lo que vio o lo que creyó ver o lo que fue soñando o aquello que pensó que despierta soñaba no ha hecho sino desencadenar un insospechado encanto. Y el hada buena protegerá a la doncella y el guerrero encontrará el amor que fue protagonista de su sueño y su fiebre. Y mientras tanto la mirada se hunde en la hierba fresca, da un paso tímido, luego dos o tres más. Pronto nos escapamos hacia el fondo del paisaje.—*R. Ch.*

#### ANTONIO G. LAMATA, TESTIMONIO DE UN PAISAJE

Antonio G. Lamata es un arquitecto madrileño que ha ejercido su profesión durante largos años en Guadalajara y en otros lugares de la península. Al plantearse el descubrimiento constante de las arquitecturas populares, los antiguos restos monumentales y las formas de construcción de otras épocas, que marcan en diferentes niveles trasuntos de culturas, el arquitecto se ha ido familiarizando con el paisaje en toda su diversidad y comenzando por pintar las casas, ha continuado por acudir al encuentro de la naturaleza, iniciando la singular destreza que su formación profesional le ha proporcionado en

materia de dibujo, ha ido derivando hacia el planteamiento de unas imágenes concretas realizadas casi siempre a través de la acuarela.

En un caso o en otro, Lamata ha impuesto su nombre como uno de los grandes dibujantes y acuarelistas contemporáneos, estableciendo un singular testimonio acerca de las construcciones populares que van desapareciendo impulsadas por el progreso. Una vida artística, justa y equilibrada, una devoción hacia el misterio de arte que la mancha y el trazo instalan sobre el papel, son los motores de la actividad de este hombre singular que contempla su obra con una actitud modesta, totalmente contraria a las formas de conducta de nuestro tiempo, y que incluso resumen su obra entre la ansiedad y el poder en textos como este que transcribimos, lleno de humanidad y serena sabiduría.

Escribè así Lamata:

Asomarse ante una ventana blanca, de papel, y poder expresar lo que el pintor siente dentro de esa habitación que forman las paredes de una paleta, decorada con las gamas de sus colores, es una sensación mezcla de ansiedad y de poder.

De ansiedad para poder plasmar, en ese blanco ventanal, todo lo que en un momento de *improntu* puede sentirse jugando al juego de poner color a ese no color. A ese juego, lleno de sinceridad y honradez, en el que uno plasma lo que desde dentro de la habitación interpreta al mirar esas calles, esas casas, esos rincones que uno ve al pasar, día a día, como cosas sin importancia, pero que, sin darnos cuenta, tienen la razón de ser de nuestro instante cotidiano.

De poder, porque nos creemos que somos sólo nosotros los que mandamos sobre la ventana blanca, sobre la que nadie puede hacer más cosas que las que nosotros queramos.

Estas dos formas de ansiedad, de hacer y de poder mandar, hacen que en esa conjunción se pueda conseguir un algo, un algo mejor o peor, bueno o malo, pero, sobre todo, lleno de sinceridad y entrega.

Estas manchas y estos dibujos quieren expresar, o mejor, intentan el poder reflejar, en la evasión de lo cotidiano, del hacer, porque hay que hacer, la ilusión de crear, de uno mismo y para uno mismo, que los rincones pequeños, que ante los plinceles del que los lleva en su mano, se vuelvan, de intrascendentes, en reflejos mucho más por encima de esas "cosas sin importancia", que por parecer no tenerla, la tienen, después de asomarse uno a la ventana blanca de papel.

El resultado de este minúsculo programa aplicado al dibujo y a la acuarela, es una serie de imágenes, sólo aparentemente intrascendentes, en las que están presentes un repertorio de modos de vida y una serie de indagaciones en espacios plásticos de singular frescura,

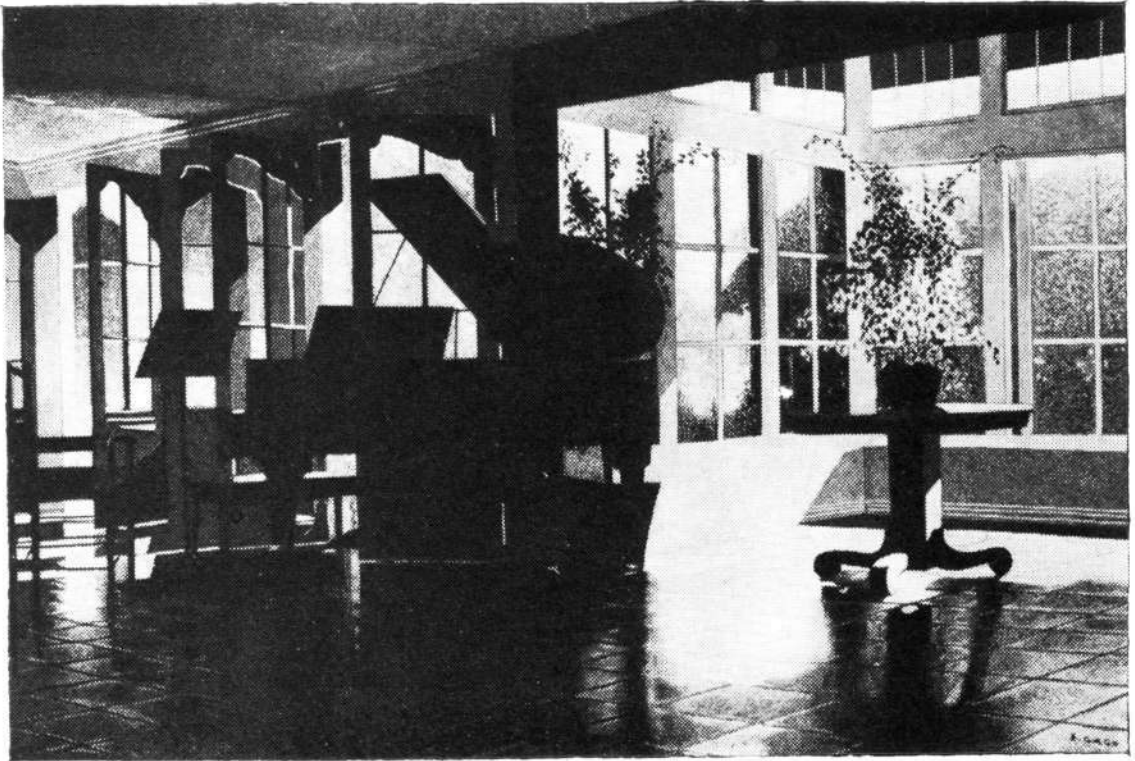
a través de los cuales el artista vive la aventura de los pinceles con una gran pureza de espíritu y encontrándose, al mismo tiempo, esencial y fundamentalmente reconfortado por cada hallazgo y cada trazo.

Cuando Lamata explora en Madrid un lugar típico de las arquitecturas populares, la antigua casa de La Corrala, su gran bosquejo se convierte en un intento por apresar al tiempo que huye implacable, por evadirse de las morfologías arquitectónicas de una ciudad, a la que el progreso despoja de todos sus posibles valores, y aplicarse a encontrar lo que es todavía auténtico e inconfundible y que quizá vaya a perecer rápidamente, incluso ante nuestros ojos.

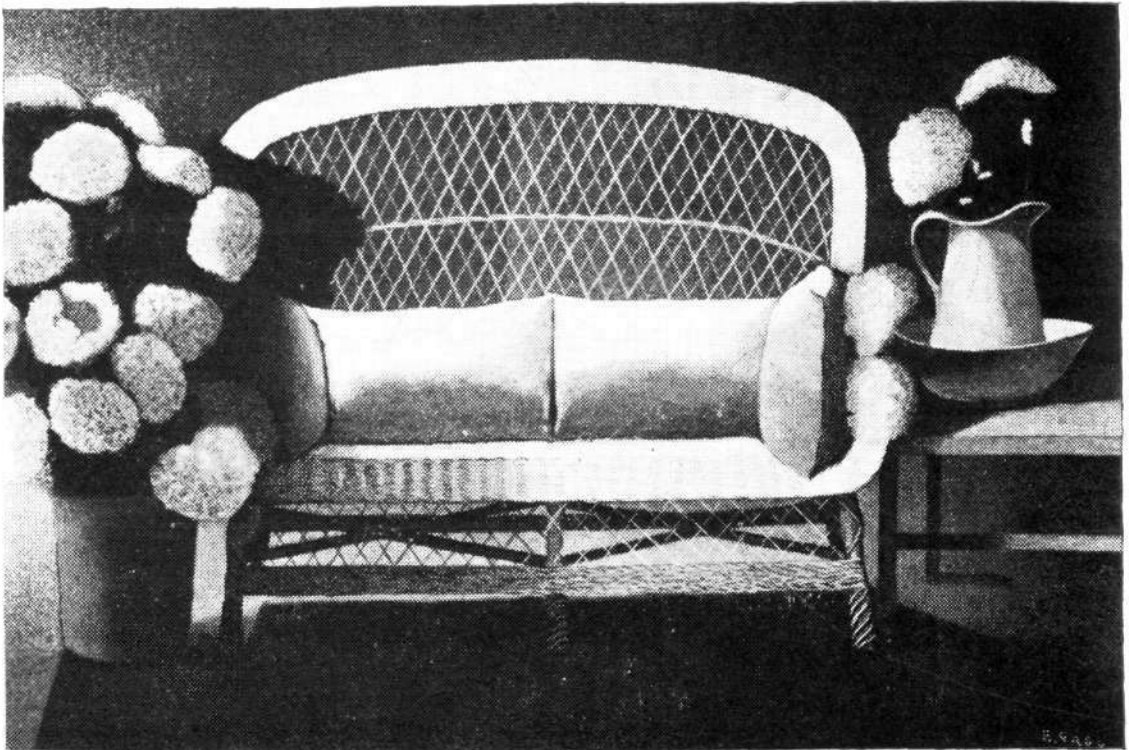
Alguien ha expresado la dimensión mágica que tiene el arte como enemigo y horizonte del tiempo. En este sentido, la obra de Lamata parece convertirse en una glosa de lo que la imagen ya casi histórica sugiere, y, paralelamente, en un recuento apasionado de las arrugas y hendiduras que el paso del tiempo ha dejado sobre las paredes que casi sin expresarlo le desafiaban. Cada día ha dejado sobre la gran casa de vecindad un símbolo de su paso, un eco de su acontecimiento, algunas veces tan evidente que ha entrado a formar parte del mundo de lo conocido, mientras que en otras ocasiones no ha llegado a transponer las fronteras de la memoria física de la casa.

Este mismo recuento de lo que horas, días, meses y años han realizado sobre un antiguo caserón señorial de Molina de Aragón o sobre las animosas ventanas que desafían al vértigo en la ciudad alucinante y única de Cuenca, dan a estos dibujos el sentido de una crónica de lo oculto, casi de lo inefable. Como si fuera un médico diestro, Lamata se asoma a la imagen del monumento, al caserío que desde hace años no cumple funciones de habitación, y en la más profunda de las dimensiones de la calidad se duele de sus heridas, intenta incluso restañarlas o mejorarlas, quizá insinúe un presentimiento de que el hábitat muerto vuelva a vivir, de que existan voces en sus patios y vecinos en sus estancias, porque testimoniar la desaparición de los seres humanos en un edificio es establecer la premonición de que un día cualquiera el mundo estará vacío y no habrá ojos que miren a las aguas del río, ni personas que sepan dar el nombre exacto al blanco, al verde, al amarillo o al dorado, que en momentos distintos llenan los campos y nos avisan de que desapareció otra estación.

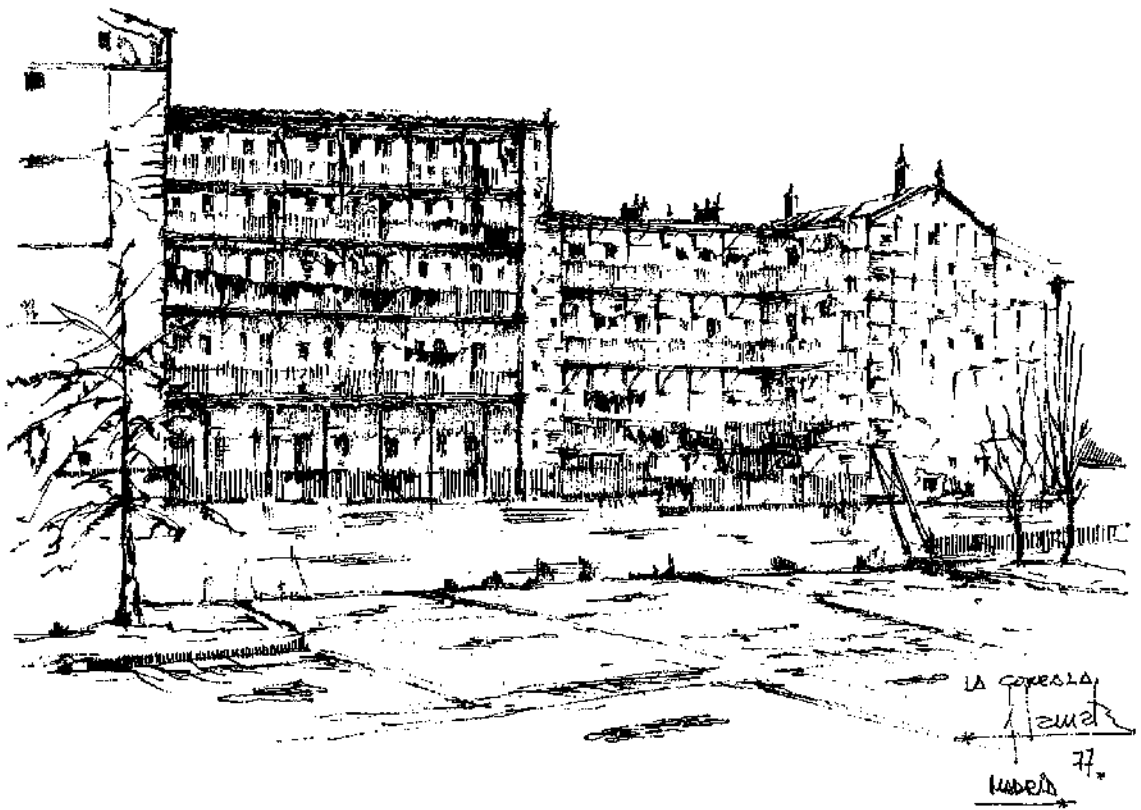
Este cronista de lo inaudito, este viajero sin pereza, este humanista de las formas, es también el testigo de un modo de vida que se extingue, no necesitamos que nos avisen de un horror o de una catástrofe atómica; de una manera o de otra sabemos que las casas irán al suelo y se desmoronarán murallas y palacios, y desaparecerá el



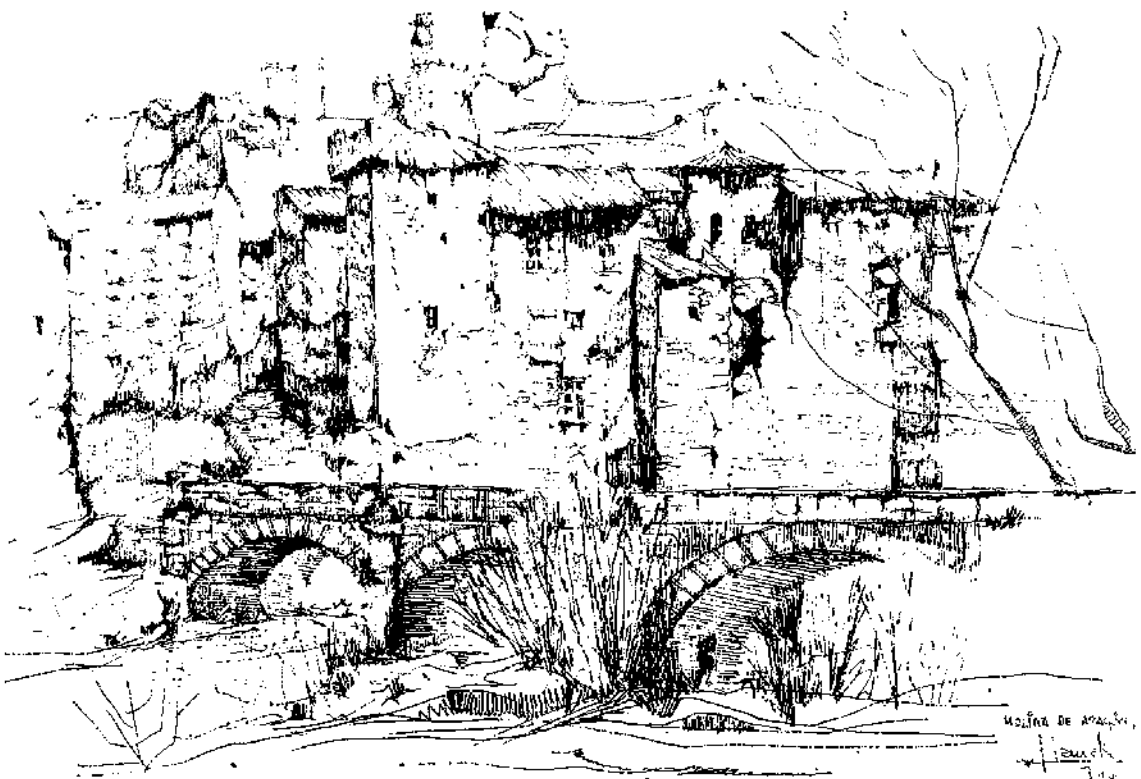
*María Elena Gago. «Interior»*



*Gago. «El sillón de mimbre»*



Antonio Lamata. «La corrala»



Lamata. «Paisaje de Molina de Aragón»